

Con risa va corriendo,
¡Dichoso el tal mil veces!
Su inmóvil planta beso,
Pues supo así elevarse
Del miserable suelo.
Un tiempo á mi fortuna
Con rostro placentero
Tambien falaz me quiso
Contar entre sus siervos.
Llevóme á que adorára
La imagen de su templo,
Y al ánimo inocente
Detuvo prisionero.
Mas luego el desengaño,
Bajando desde el cielo,
Me muestra sus ardidés,
Y libra de su imperio.
De entónces, dulce amigo,
Seguro de más riesgos,
La humilde medianía
En blanda paz celebro.

LA INCONSTANCIA.

ODAS Á LISI.

ODAPRIMERA.

EL CÉFIRO.

¡Cuál vaga en la floresta
El céfiro suave!
¡Cuál con lascivo vuelo
Sus frescas alas bate;
Sus alas delicadas,
Que forman, al mirarse
Del sol en los reflejos,
Mil visos y cambiantes!
¡Cuál licencioso corre
De flor en flor, y afable
Con soplo delicioso
Las mece y se complace!
Ahora á un lirio llega,
Ahora el jazmin lame,
La madre selva agita,
Y á los tomillos parte;
Do entre mil amoritos
Vuela y revuela fácil,
Y los besa y escapa
Con alegre donaire.
La tierna hierbezucla
Se estremece delante
De sus soplos sutiles,
Y en ondas mil se abate.
El las mira y se rie,
Y el susurro que hacen
Le embelesa, y atento
Se suspende á gozarle.
Luego rápido vuelve,
Y alegre por los valles,
No hay planta que no toque,
Ni tallo que no halague.
Verásle ya en la cima
Del olmo entre las aves
Seguir con dulce silbo
Sus trinos y cantares,
Y en un punto en el suelo
Acá y allá tornarse
Con giro bullicioso,
Festivo y anhelante.
Verásle entre las rosas
Metido, salpicarse
Las plumas del rocío,
Que inquieto les esparce;
Verásle de sus hojas
Lascivo abrir el cáliz,
Y empaparse las alas
De su aroma fragante.

Batiendo del arroyo,
Con ellas, los cristales,
Verásle formar ledo
Mil ondas y celajes.
Parece, cuando vuela
Sobre ellos, que cobarde,
Las puntas ya mojadas,
No acierta á retirarse.
¡Pues qué, si al prado siente
Que las zagalas salen?
Verás á las más bellas
Mil vueltas y mil darle.
Ora entre sus cabellos
Se enreda y se retrae,
El seno les refresca,
Y ondéales el talle.
Sube alegre á los ojos,
Y en sus rayos brillantes
Se mira y da mil vueltas,
Sin que la luz le abrase.
Por sus labios se mete,
Y al punto raudamente sale;
Baja al pié, y se lo besa,
Y anda á un tiempo en mil partes.
Así el céfiro alegre,
Sin nada cautivarle,
De todo lo más bello
Felicite gozar sabe.
Sus alas vagarosas
Con giros agradables
No hay flor que no sacudan,
Ni rosa que no abrazen.
¡Ay Lisi! ejemplo toma
Del céfiro inconstante,
No con Aminta solo
Tu fino amor malgastes.

ODA II.

EL ARROYUELO.

¡Con cuán plácidas ondas
Te deslizas tranquilo,
Oh gracioso arroyuelo,
Por el valle florido!
¡Cómo tus claras linfas,
Libres ya de los grillos
Que les puso el Enero,
Me adulan el oído!
¡Cuál serpean y rien,
Y en su alegre bullicio
La fresca hierbezucla
Salpican de rocío!
Sus hojas delicadas
En tapete mullido
Ya se enlazan, y adornan
Tu agradable recinto;
Ya meciéndose ceden
Al impulso benigno
De tus pasos suaves,
Y remedan su giro;
O te besan, movidas
Del Favonio lascivo,
Mientras tú las abrazas
Con graciosos anillos.
De otra parte en un ramo
Tu armonioso riido
Acompaña un jilguero
Con su canoro pico.
¡Arroyuelo felicel
¡Cómo á Lisi no has dicho
Que á ser mudable aprenda
De tus vagos caminos?
Tú con fáciles ondas,
Bullicioso y activo,
Tiendes por todo el valle
Tu dichoso dominio.
Ya entre juncos le escondes,
Ya con paso torcido,
Si una peña te estorba,
Salvas cauto el peligro;
Ya manso te adormeces,

Y los saucea vecinos
Retratas en las ondas
Con primor exquisito.
Tus arenas son oro,
Que bullendo continuo,
A la vista reflejan
Mis labores y visos.
En tu mansa corriente
Giran mil pececillos,
Que van, fornan y saltan
Con anhelo festivo.
Nace el sol, y se mira
En tu espejo sencillo,
Que le vuelve sus rayos
Muy más variados y vivos.
Tus espumas son perlas,
Que las rosas y lirios
De su margen escarchan
En copiosos racimos.
Del Amor conducidas
Las zagalas, contigo
Consultan de sus gracias
El poder y atractivo.
Tú el cabello les rizas,
Tú en su seno divino
La flor pones, y adiestras
De sus ojos el brillo.
En tus plácidas ondas
Halla la sed alivio,
Distraccion el que pena,
Y el feliz regocijo.
Yo las sigo, y parece
Que riéndose miro
La verdad y el contento
En su humor cristalino;
Que escapando á mis ojos
Y con plácido hechizo,
Al compás de sus ondas
Me adormece el sentido.
¡Oh dichoso arroyuelo!
Si de humilde principio,
Por tu inconstante curso
Llegares á ser río,
Si otro bosque, otras vegas,
De raudales más rico,
Con benéfica urna
Regares fugitivo,
¡Ay! di á mi Lisi, al paso,
Que en su firme capricho
No insista, y dale ejemplo
De mudanza y olvido.

ODA III.

LA MARIPOSA.

¡De dónde alegre vienes
Tan suelta y tan festiva,
Los valles alegrando,
Veloz mariposilla?
¡Por qué en sus lindas flores
No paras, y tranquila
De su púrpura gozas,
Sus aromas aspiras?
Mírote yo, ¡mi pecho
Sabe con cuánta envidia!
De una en otra saltando
Más presta que la vista.
Mírote que en mil vuelos
Las rondas y acaricias;
Llegas, las tocas, pasas,
Huyes, vuelves, las libas.
De tus alas entónces
La delicada y rica
Librea se despliega,
Y al sol opuesta brilla.
Tus plumas se dilatan,
Tu cuello ufano se hincha,
Tu cuerpo y penacho
Se tienden y se rizan.
¡Qué visos y colores,
Que púrpura tan fina,

Qué nácar, azul y oro
Te adornan y matizan!
El sol, cuyos cambiantes
Te esmaltan y te animan,
Contigo te complace,
Y alegre en ti se mira.
Los céfiros te halagan,
Las rosas á porfia
Sus tiernas hojas abren,
Y amantes te convidan.
Tú, empero, bulliciosa,
Tan libre como esquiva,
Sus ámbares desdeñas,
Su seno desestimas.
Con todas te complaces,
Y suelta y atrevida,
Feliz de todas gozas,
Ninguna te cautiva.
Ya un lirio hermoso besas,
Ya inquieta solicitas
La coronilla, huyendo
Tras un jazmin perdida;
El fresco alhelí meces,
Á la azucena quitas
El oro puro, y saltas
Sobre una clavellina.
Vas luego al arroyuelo,
Y en sus plácidas linfas,
Posada sobre un ramo,
Te complaces y admiras.
Mas el viento te burla,
Y el ramillo retira,
Ó salpica tus alas
Si hácia el agua lo inclina.
Así huyendo medrosa
Te tiendes divertida
Lo largo de los valles,
Que Abril de flores pinta;
Ahora el vuelo abates,
Ahora en torno giras,
Ahora entre las hojas
Te pierdes fugitiva.
¡Felicite mariposa!
Tú bebes de la risa
Del alba, y cada instante
Placeres mil variás.
Tú adornas el verano,
Tú á la vega florida
Llevas con tu inconstancia
El gozo y las delicias.
Mas ¡ay! mayores fueran
Mil veces áun mis dichas,
Si fuese á tí en mudarse
Mi Lisis parecida.

ODA IV.

LA NATURALEZA.

No, Lisi, esa constancia
Con que al Amor pretendes
Mover á que la copa
Te brinde del deleite,
A enojos y fastidios
Te lleva. Los desdenes,
Muy más que á mí me afligen,
Tu crudo pecho ofenden.
Las risas, la alegría,
El gusto y los placeres
Las fáciles los gozan,
Y envidian las cruces.
Amor, como dios niño,
Es vivo, inquieto, alegre,
Y atrevido y artero,
Los peligros no teme.
De pecho en pecho vuela,
Y ora rinde un rebelde,
Ora un soberbio oprime,
Y ora un tibio enardece.
Así se goza y burla,
Y á un tiempo á todos prende;
De la inconstancia nace,

ODAS ANACREÓNTICAS.

Y en la firmeza muere,
Ni el orden de las cosas
Inmóvil es, que siempre
Con sucesion suíve
El cielo nos las vuelve.
Tras la rosada aurora
Ya corre el sol fulgente,
Mientras su negro manto
La ciega noche tiende.
Sigue al nuboso invierno
Plácido Abril, y cede
Julio al ópimo Octubre,
Corona de los meses.
Su aljofar cristalino
No sólo el alba llueve
Sobre la rosa, ó sola
Con el verano crece.
El valle, que cubierto
Se vió de escarcha y nieve,
Loco ya con sus flores,
Nos descubre la frente.
Los chopos que desnudos
Se quejan del Diciembre,
Y mustios y ateridos,
Los ojos nos ofenden,
Bien presto coronados
De pompa y hoja verde,
Nido á las dulces aves
En grata sombra ofrecen.
Su aroma la azucena
Á todos da: la fuente,
Liberal para todos,
Sus claras linfas vierte.
Ni la pródiga abeja
De una flor diligente
Liba su miel, que á todas
Los cálices les bebe.
¡Pues qué los pajarillos,
Cuando el amor los hierde?
De amada y lecho mudan
En sucesion perenne.
Del gusto sólo unidos,
Tan sólo por sus leyes
Se buscan ó se olvidan,
Sin celos ni esquivaces.
¡Qué libres, qué expresivos,
Cantando blandamente,
Sus fáciles delicias
Mi espíritu conmueven!
Hélos buscarse ahincados,
Hélos seguirse ardientes,
Hélos ceder al fuego
Que en sus entrañas hiere.
Y en un momento mismo,
¡Oh dichoso mil veces!
Aman, gozan, se dejan,
Y un nuevo amor emprenden.
¡Ay Lisi, esquiva Lisi!
Si ves su feliz suerte,
¡Por qué, cruel, por firme,
Mayor ventura pierdes?

LA PALOMA DE FÍLIS.

plaudentibus alis
Insequitur, tangi patiens, caroque fovet
Laeta sinu, et blandas iterans gembunda que-
[relas.

Filis tiene una palomita, y con ella se goza y recrea. Vé aquí el motivo de estos juguetes, en que me he dilatado más que pensé. Pero la inocencia de Filis y las gracias de su palomita no pueden pintarse brevemente. Acaso ésta será para algunos demasiado festiva y bulliciosa. Yo, que la he visto, les aseguro que ni

áun se dicen la mitad de sus cariños y donaires; muchos de ellos se escapan al pincel de la poesía, y á otros no puede darse la viveza ni el delicado colorido del natural. Quien no lo creyere, ni conoce á Filis, ni sabe lo que son las palomas, ni lo que pueden en estas avecillas el amor y el agradecimiento.

ODA PRIMERA (1).

Otros cantan de Marte
Las lides y zozobras,
O del alegre Baco
Los festines y copas;
La sien otros céñida
De jazmines y rosa (2),
Del amor los ardores,
Y de Vénus las glorias.
Pero yo sólo canto
Con cítara sonora
De mi querida Filis
La nevada paloma;
Su paloma, que bebe
Mil gracias de su boca,
Y en el hombro le arrulla,
Y en su falda reposa.

ODA II.

Donosa palomita,
Así tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso,
Que me digas, pues moras
De Filis en el seno,
Si entre su nieve sientes
De amor el dulce fuego.
Dime, dime si gusta
Del néctar de Lico,
O si sus labios tocan
La copa con recelo.
Tú á sus gratos convites
Asistes, y á sus juegos,
En su seno te duermes,
Y respiras su aliento.
¡Se querella, turbada?
¡Suspira! ¡En el silencio
Del valle con frecuencia
Los ojos vuelve al cielo?
Cuando con blandas alas

(1) Entre los papeles de don Martín Fernandez de Navarrete existen estas odas, tales cuales las escribió el autor en su mocedad. Están dedicadas á la señora Condesa del Montijo. Filis se llamaba entónces Clóris. Hé aquí la dedicatoria, que es una graciosa anacreóntica, inédita:

La paloma de Clóris,
La inocente avecilla,
Con quien mi Clóris gasta
Mil juegos y delicias,
A vuestras plantas pide
Con voluntad rendida
Que le oigais sus arrullos
Y amorosas caricias.
Escuchadla, señora,
Que no fué más senecilla
La que un tiempo á Anacrón
De nuncio le servía;
Ni ménos gracia tiene
Que las de Vénus mismas,
Ni enamora y alegra
Con voz ménos festiva.
Mi Clóris cariñosa
Con su boca la cria,
En su falda la duerme,
Y en su seno la anida.

(2) De pámpanos y rosas. (Variante de los papeles de Navarrete.)

Te enlazas á su cuello,
Ave feliz, di, ¿sientes
Su corazón inquieto?
¡Ay! dímelo, paloma;
¡Así tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso!

ODA III.

Filis, ingrata Filis,
Tu paloma te enseña;
Ejemplo en ella toma
De amor y de inocencia.
Mira cómo á tu gusto
Responde, cómo deja
Gozosa, si la llamas,
Por tí sus compañeras.
¡Tu seno y tus halagos
Olvida, aunque severa
La arrojes de la falda,
Negándote á sus quejas?
No, Fili; que aún entonces,
Si intento detenerla,
Mi mano fiel esquiva,
Y á tí amorosa vuela.
¡Con cuánto suave arrullo
Te ablanda! ¡Cómo emplea
Solicita sus ruegos,
Y en giros mil te cerca.
¡Ah crédula avecilla!
En vano, en vano anhelas;
Que son para tu dueño
Agravio las finezas.
Pues ¿qué cuando en la palma
El trigo le presentas,
Y al punto de picarlo,
Burlándote le cierras?
¡Cuán poco del engaño,
Incauta, se recela,
Y pica, aunque vacía,
La mano que le muestras!
¡Qué fácil se entretienen!
Un beso le consuela;
Siempre festiva arrulla,
Siempre amorosa juega.
Su ejemplo, Filis, toma;
Pero conmigo empieza,
Y repítamos juntos
Lo que á su lado aprendas.

ODA IV.

No, no por inocente
Te me disculpes, Fili;
Que en los sencillos pechos
Más bien amor se imprime.
El con los años viene;
Tal algún tiempo viste
Huir del pichon bello
Tu palomita simple.
Pues mira ya cuál oye
Sus ansias apacible,
Y en el ardiente arrullo
Cómo con él compite.
Ya le llama si tarda,
Ya si vuela le sigue;
Ni sus tiernos halagos
Desdeñosa resiste.
Mira cómo se besan,
Cuál se dan y reciben
Mil lascivas picadas
En cariñosas lides.
El placer sus plumajes
Encrespa, el suelo miden,
Con la cola su cuello
Mil cambiantes despide.
Ya con rápido vuelo
Burlando se dividen,
Ya vuelven, ya imperioso

Su ardor los manda unirse.
¡Gozad, gozad mil veces
En lazada felice
Las delicias que guarda
Amor á quien le sirve!
Y tú, pues las palomas
Con su candor se rinden,
No, no por inocente
Te me disculpes, Fili.

ODA V.

Teniendo su paloma
Mi Fili sobre el halda,
Miré á ver si sus pechos (1)
En el candor la igualan;
Y como están las rosas
Con su nieve mezcladas,
El lampo de las plumas
Al del seno aventaja.
Empero yo, con todo,
Cuántas palomas vagan
Por los vientos sutiles (2),
Por sus pomas dejara.

ODA VI.

¡Oh, con qué gracia, Filis,
Tu bella palomita,
Sensible á los halagos,
Te arrulla y acaricia!
¡Qué dócil si la llamas!
¡Qué suelta, qué festiva,
Volando y revolando,
Tu beso solicita!
Tú cantas, y á los trinos,
Está como embebida;
Si cesas, con su arrullo
Parece que te imita.
Luego á la falda vuela,
Do te contempla y mira,
Bullendo de contento
Sus amorosas niñas.
¡Pues si tus bellos labios
Con el manjar la brindan!.....
Entonces, ¡ay! entonces
Sí que el placer la anima.
Ya llega, ya se aparta,
Ya vuelve, ya lo pica,
Con sus trémulas alas
Mostrando su alegría.
Parece en aquel punto
Decir: ¡Oh, qué delicia
No acostumbrada goza,
Señora, el alma mía!
¡Qué es esto? ¡Tocar puede
Tu boca peregrina
Mi pico? ¡oh bien lograda
Cadena! ¡oh dulce vida!
Su arrullo, su plumaje,
Sus vueltas, todo indica
De su inocente pecho
La gratitud sencilla.
¡Ah! si así una paloma
Te es, Fili, agradecida,
Mi corazón amante,
Dime, mi bien, ¿qué haría?

- (1) Miré á ver si su pecho
A su blancura iguala;
Y como ella es trigueña,
Y la avecilla es blanca,
La paloma á su pecho
En albura aventaja. (Variante.)
(2) Por la region del viento,
Por su pecho dejara. (Id.)

ODA VII.

Simplecilla paloma,
Si la dicha inefable
De que tú feliz gozas,
Con Fili yo gozase;
No, no tan bullicioso
Vagára por los aires,
O necio dejaria
Su lado un solo instante.
¡Tú, incauta, otras palomas
Escuchas, y el amable
Seno do moras, huyes!
¡Oh simplecilla! ¿qué haces?
¡Es más un falso arrullo
Que Fili? ¡alejarte
No temes? ¡sus caricias
Olvidas ya, mudable?
¡Oh! vuelve al punto, vuelve,
Que en llanto se deshace;
Vuela á tu dueño, vuela,
Y el ala aprisa bate.
Verás cómo sus ojos
Se enjugan con mirarte;
Te halaga, y dan mil besos
Sus labios celestiales.

ODA VIII.

¡Para qué, insana, picas
El ramito de flores
Con que gusta mi Filis
Que su seno se adorne?
¡No ves, necia paloma,
Que en tus impios furros
Herir pueden su nieve
De tu pico los golpes?
¡Que sus frescos pimpollos,
Derramados sin orden,
Ambas turgentes pomas
Con sus hojas esconden,
Porque el gusto y los ojos,
Cuando felices logren
Descubrir las, más ciegos
En su lampo se engolfen;
Y en un tronco ya unidos,
El val les cierran, donde
De Amor á guarecerse
Tímido el pudor corre?
¡Y picándolo sigues,
Sin que ruegos ni voces,
Ni tus iras moderen,
Ni el ramito te estorbe?
Mira que en tu delirio
Lograrás que se enoje,
Y las gracias de Filis
Jamás á gozar tornes.
Si la envidia te punza,
Porque artera lo pone
Do tú anidar anhelas,
¡Ah simplecilla! entonces
Ya te hubiera lanzado
Mi amor, en sus hervores,
Del halda que ahora ocupas,
De un bien que no conoces.

ODA IX.

Con su paloma estaba
Fili en alegre juego,
Y para que picase
Le presentaba el dedo.
Picábalo, y en pago
Le daba un dulce beso,
Y tras él más gozosa
La incitaba de nuevo.
Una vez la avecilla,
Creyendo ser lo mismo,
Con picada inocente
Hirióle el labio bello.

Enojóse mi Filis
De tal atrevimiento,
Y echóla de su falda
Con ademán severo.
La palomita entonces
En mil ansias y extremos,
Demandaba rendida
El perdón de su yerro.
Con ala temerosa
Las manos de su dueño
Abraza, y gime, y vuela
De las manos al cuello.
Esquivábala Filis,
Y ella humilde entre el seno
Y el candal que lo cubre
Escondióse de miedo.
¡Oh simplecilla! ¿qué haces?
Guardate de ese fuego,
Que entre pellas de nieve
Tiene el amor cubierto.
Guardate, y con arrullos
Y cariños más tiernos
Halagándola, cuida
De desarmar su ceño.
¡Ah Fili! si al mirarte
Enojada un momento,
Tal queda tu paloma,
¡Cuál estará mi pecho?
Y si ella perdón halla,
Mis encendidos ruegos
¿No han de lograr un día
Tu rostro ver sereno?

ODA X.

Suelta mi palomita,
Mas no me la detengas;
Suéltamela, tirano,
Verás cuál á mi vuela.
Dos noches há que falta,
Dos noches há que queda
Solo y desamparado
Mi palomar sin ella.
En tanto ni mis ojos
En lloro amargo cesan,
Ni el pecho en ansias tristes
Y lastimadas quejas (1).
Cien veces la he llamado,
Pensando que viniera,
Y he salido á buscarla
Veces mil á la selva.
Más ¿cómo venir puede,
Traidor, si tus cautelas
Allá, para acabarme,
La guardan prisionera?
¡Pues ahí suéltala al punto,
Y á compasión te muevan
Mis lágrimas, mis ruegos,
Mis lastimadas penas (2).
Verás cuál revolando
Se posa en mi cabeza,
Y luego al hombro baja,
Y arrulla y me consuela.

ODA XI.

Pues que de mi paloma
Las señas solicitas,
Bien puedes conocerla
Por éstas que te diga.
Es mansa y amorosa,
Es pequeñuela y viva,
Lleno y redondo el pecho,
Como la nieve misma (3).

- (1) Ni el pecho en sus angustias,
Ni el labio en sus ternezas. (Variante.)
(2) Mis ansias y mis penas. (Id.)
(3) Su albor la nieve misma. (Id.)

II, Ps.-XVIII.

Las alas dilatadas,
La cola bien tendida,
Y al-cuello mil cambiantes
De oro y nácar matizan.
Los bellos piés de rosa
En su inquietud indican
Y en las donosas vueltas,
Que ya el Amor la agita.
Los ojos son de fuego,
De llama las pupilas,
Que halagan amorosas,
Que bullen encendidas.
Parece, cuando arrulla,
Que dice mil caricias,
Y luego, cuando vuela,
Que ruega que la sigan.
El pico gruesezuelo,
Y en la nariz unidas
La púrpura y la nieve
Con mezcla la más fina.
¡Qué más!..... Pero ¡ay! al punto
Suéltamela, y festiva
Verás cuál en mi mano
El dulce grano pica.

ODA XII.

Entre tantos halagos
Y amorosos cariños
Como á tu palomita
Prodigar te miro,
¡No hallarás ni uno solo
Para quien tan rendido
Obedece tus leyes,
Te idolatra tan fino?
Tú en el halda la pones,
Y con ruego benigno
Quejumbrosa la llamas,
De tu seno al abrigo.
Con tus labios de rosa
Solicitas su pico,
Repasando su pluma
Con tu rostro divino.
Y con besos tan llenos
Cuál dar nunca te he visto,
Sus arrullos provocas,
Y su muerdo lascivo.
No hay favor ni requiebro
Que en tu loco delirio
No le digas amante,
No me inflame al oírlo.
¡Y yo, cruda, no alcanzo
Que á mis tiernos suspiros
Desarmados acaben
Tus celosos desvíos.
Pues pierde en tu paloma,
Por un ciego capricho,
Las gracias que no entiende,
Los besos que yo envidio;
Que Amor me hará justicia.....
Pero no, dueño mio,
Yo venganzas no busco,
Sino juegos y mimos.

ODA XIII.

No culpes, palomita,
Que de Filis ausente,
Como loco delire,
Desfallecido pene.
Si las rápidas alas
Yo lograré que tienes,
No hayas miedo que triste
Ni azorado me vieses;
Pues con vuelo anheloso
Cortando el aura leve,
En su busca partiera,
Más fugaz que la mente,
Y á su lado gozara,
Venturoso y alegre,

De su boca y sus ojos
Las delicias y mieles,
Cuál tú, feliz paloma,
Bulliciosa mil veces
Vas y tornas al nido
Que á tus hijos previenes,
Bendito le dijera
Los peligros que teme
Mi amor, y los cuidados
Que punzantes me hieren;
Y ella amante y sencilla,
Con la gracia celeste
Que la anima, mis penas
Convirtiera en placeres.
Esto fuera ¡oh palomita!
Si tus alas yo hubiese;
Pero ausente y sin ellas,
Mi vivir es la muerte.

ODA XIV.

Vé, donosa paloma,
Vuela á tu amable dueño;
Vuela, y dale el billete
Que á tu fineza entrego.
Con un listón de rosa
Le suspendo á tu cuello,
Cuarte no se desprenda,
Con tú rápido vuelo.
En el fausto camino
Del gavilán artero
No ya grito te azore
Ni amedrente el encuentro;
Que en tu vida y mi suerte
Vela el Amor y Venus,
Y tan altos patronos
Te aseguran de riesgo.
Parte, pues, palomita,
Tiende el ala al momento;
¡Quién, ave afortunada,
Cuál tú pudiese hacerlo!
Vuela, y lleva á mi Filis
Esa prenda, que el fuego
Débilmente retrata,
Que arde en mí, de ella lejos;
Mas que, sincera y fina
Como mi noble pecho,
Merece que en el suyo
Le dé feliz asiento.
Dile en blandos arrullos
El dolor en que quedo,
Lo nada que confío,
Lo mucho que recelo;
Y si fiel te asegura
Ser injusto este micdo,
Vuelve al punto, que loco
Te aguardo con un beso.

ODA XV.

Palomita querida,
Que gimiendo halagueña,
De tu fausto mensaje
Me das la enhorabuena;
Cesa en vuelos y arrullos,
Y oficiosa me entrega
De mi Fili adorada
La graciosa respuesta.
Que no injusto recele
Su inmutable firmeza,
Y sencillo la adre
Sin zozobras ni quejas.
Cariñosa me escribe,
Y en fe de sus promesas,
De sus cadejos de oro
Me remite unas hebras.
¡Oh! mi boca las besa
Veces mil, débil muestra
De la inmensa delicia
Que mi pecho enajena;

Y en él luego guardadas,
En tan bárbara ausencia
Confortadle, y alivio
Sed benigno en mis penas.
¡Riquísimos cabellos!
Que ni el sol ni la seda
En lo rubio os exceden,
En lo fino os semejan;
Del amor de mi Filis,
Si alguna duda necia
Mi espíritu aquejare,
Me seréis firme prueba.
Seréis de mi albedrío
Deliciosa cadena,
Que por siempre la estreche
Con mi amable hechicera;
Más y más confundiendo
Mi feliz existencia
Con la suya, y haciendo
De las dos una mesma.
Y tú, vén, palomita,
Y á mi boca te allega,
Que ya, no un beso, ciento,
Darte en premio desea.

ODA XVI.

No estés, simple paloma,
Con tu blancura ufana,
Ni con tus ojos bellos,
Si á Fili te comparas.
¡Con esa tez suave,
Cual rosa no tocada,
Del seno donde arrullas
Tu albor acaso iguala?
¡Lo muelle de tu pluma,
Con su blandura grata,
Qué vale, ó tus olores,
A par de tu fragancia!
Sus ojos ¡ay! tal lumbré,
Cuando en Oriente raya,
No arroja el sol, cual si ellos
Sus párpados levantan.
Las bulliciosas niñas,
En su amable inconstancia,
A mí me vuelven loco,
Y al mismo Amor abrasan.
Y ¡qué! ¡tienen los tuyos
Tal lumbré ni tal gracia?
¡Mayores son, más vivos,
Más luengas sus pestañas!
¡Oh! de competir deja
Con Fili, temeraria;
No acaso sus halagos
Acaben en venganzas,

ODA XVII.

Después que hubo gustado
De Filis la paloma
El regalado néctar
De sus labios de rosa,
La deja, y de un vuelito,
Al hombro se me posa,
Y de allí lo destila
Con su pico en mi boca.
Yo apurélo inocente,
Pero ¡ay! ella ¡traidora!
Me dió del Amor ciego
Mezclada tal ponzoña,
Que el pecho se me abrasa
En ansias y zozobras,
Después que hubo gustado
De Filis la paloma.

ODA XVIII.

Graciosa palomita,
Ya licenciosa puedes

Empezar con tus juegos
Y picar libremente.
Ya te provoca Fili,
Ya en los brazos te mece,
Ya en su falda te pone,
Y el dedo te previene.
Pues pica lo primero
Su seno reverente,
Bien como el ara donde
Los cultos se le ofrecen.
Allí dispon tu nido;
¡Venturoso mil veces,
Que abrigo feliz hallas,
Do yo tantos desdenes!

Luégo amorosa bate,
Bate en él blandamente
Las alas, y á picarlo
De nuevo por mí vuelve.
Después el cuello airoso
Con un hoyuelo viene,
Cual es tu comedero
Para que en él te cebes.
Los delicados labios
Guardate; no indecente
Profanes, al herirlos,
Pensando son claveles.
Más blando, palomita;
Que Fili ya lo siente.
¡Ah simplecilla! ¿qué haces?
Que su carmin ofendes.
Pica ya las mejillas
Con golpes muy más leves;
Su bello sonrosado
No incauta les alteres.
Los ojos no los toques,
¡Oh cuitadilla! tente;
Que dos ardientes fraguas
En ellos Amor tiene.
¡Qué anhelas, temeraria?
¡Mis voces no te mueven?
¡Tu daño no te asusta?
¡Su ardor no te detiene?
¡Oh felice paloma!
Pues Fili lo consiente,
Pica cuanto yo envidio,
Bulliciosa y alegre.

ODA XIX.

Parece, palomita,
Segun te miro atenta,
De mi labio á los trinos,
De mi lira á las cuerdas,
Que sus sonos envidias,
Y que fácil quisieras
Trocar tu alegre arrullo
Por mis blandas querellas.
¡Oh, si el Amor te oyese,
Y yo en cambio tuviera
Tu garganta y tu pico,
De mi lira y mis letras!
¡Si enal tú, de mi Filis
Amable confidenta,
Inocente gozase
Sus sencillas finezas!
¡Qué feliz, cual te miro
Dar bullendo mil vueltas
Por su seno turgente,
Yo arrullando las dieras!
Y enal tú, cariñosa,
Tu piquito á su lengua
Juntar sabes, si gustas
Beber su dulce néctar,
Yo la mía, rendido,
Sin temor de ofenderla,
Con la suya, y mis labios
Con sus labios uniera!
Susurrándole tierno,
No me mires severa,
Que tu cara avecilla,
No mi amor, te lo ruega.

Y de tantos halagos
Como pierdes con ella,
Uno solo en alivio
De mis ansias emplea;
Uno solo, que temple
De mi pecho la hoguera,
Que burlándome atizan
Tus falaces promesas.
Pero amor ve ilusiones;
Y tú ¡oh paloma bella!
Jamás trocarás simple
Por tus dichas mis penas.

ODA XX.

Al baile de la aldea
Salió Filis un día,
Dejándose en la choza
Su bella palomita.
Ella entonces ¡oh extraña
Ternura! ¡oh peregrina
Finezas! echando menos
Sus juegos y caricias,
Con amoroso arrullo
La llamaba afigida,
Y de ver que no viene,
Más y más se lastima.
Ya escuchaba turbada,
Ya de nuevo gemia,
Ya en sus blandas querellas
Se quedaba embebida.
Para el valle volaba
Con inquieta fatiga,
Y desde allí á la choza
Sin consuelo volvía.
Dió por fin con su dueño,
Y de todos con risa,
Bate el ala, y al hombro
Se le posa festiva,
Do con voces suaves
Celebraba su dicha,
Hasta que, de cansada,
Se quedó adormecida.

ODA XXI.

Mira, Fili adorada,
Cuál tu linda paloma
Con su rico plumaje
Resplandece y se goza;
En sus ojos arteros
La llama abrasadora
Del Amor, y al deleite
Que en sus niñas retoza;
Cuál en su blando arrullo
Ya suspira amorosa;
Ya á su pichon, cesando,
Mas penada provoca;
La gracia y señorío
Con que marcha pomposa,
Y ufandándose barre
La tierra con la cola;
Cuál refleja su cuello,
Cuando Febo lo dora,
Mil cambiantes vistosos,
Que de nuevo lo adornan;
Los vuelitos fugaces
Con que ora parte, y ora
En tu falda ó tu seno
Arrullando se posa,
¡Cuán donosa se bulle,
Y agitándose loca
En sus vueltas y giros,
Sin cesar huye y torna.
Hoy es jóven, y brilla
Con las gracias hermosas
De la niñez, que pasan
En un punto cual sombra.
Vendrá un día en que sola,
Muda, helada, llorosa,

De bien tanto le queden
Las punzantes memorias.
De tu paloma ¡oh Filis!
Lección en tiempo toma,
Antes que al triste ocaso
Tu claro sol trasponga.

ODA XXII.

Pensando en tu paloma,
Me dió el Amor un sueño;
Dormime; atiende, Fili,
Lo que fingió el deseo.
En su pichon trocado,
Por mis ardientes ruegos,
En ella no sé cómo
También te mudó el cielo.
Yo, al verte así, perdido,
Con mil donosos juegos
Y sentidos arrullos
Te rodeaba inquieto.
Ya la cola tendía,
Ya con un blando vuelo
Me alejaba, y con otro
Luégo torné más tierno.
Tú me esquivabas cruda;
Pero de amor el fuego
Te hirió al fin, y sentiste
El dulce afán que siento.
Oficiosos entonces,
Para los albos huevos
Fabricamos un nido
Del más mullido heno.
Los cobijaste blanda;
Salieron los polluelos;
Y al mirarnos, mi Filis,
Renacido en ellos,
El alma se llagára
De otro más dulce afecto;
Y en celestial ternura
Transportados sin seso,
De nuestros tiernos hijos,
Con solícito anhelo,
Ni un instante apartamos
Nuestros unidos pechos.
A la par los cubrimos,
A la par el sustento
Les diéramos, lanzado
De nuestro mismo seno.
Por sus débiles vidas
Leve un soplo de viento
Nos turbára furiosos,
Volando á defenderlos.
Hasta que al fin, del nido
Mayorillos huyeron,
Y nosotros tornamos
A labrar nido nuevo.

ODA XXIII.

Inquieta palomita,
Que vuelas y revuelas
Desde el hombro de Filis
A su halda de azucenas;
Si yo la inmensa dicha
Que tú gozas, tuviera,
No de lugar mudára,
Ni fuera tan inquieta.
Mas desde el halda al seno
Solo un vuelito diera (1),
Y allí hallára descanso,
Y allí mi nido hiciera.

ODA XXIV.

¡Sabes, ¡oh palomita!
Sabes, di, lo que envidio!

(1) Un solo vuelo diera. (Variante.)

Ea pues, si lo aciertas,
Tienes un beso mío.
¡Las ciencias! ¡oh inocente!
Las ciencias son delirios
De necios orgullosos,
Mal hallados consigo;
Prometen grandes cosas,
Y al cabo en tantos siglos
A ningún triste dieran
En su dolor alivio.
¡Y puestos! no los quiero;
Que son un precipicio,
Y aunque en cadena de oro,
Siempre estaré cautivo.
El nombre no me importa;
Por cierto que un sonido,
Que á veces no se alcanza
Después de mil peligros,
Merece estos afanes.
Inocente y tranquilo
Viva yo, y más que ignoren
Mi nombre mis vecinos.
Dirás que las riquezas....
¡Qué me presta su brillo,
Si gozo yo sin ellas
De cantares y vino?
El oro á quien lo tiene
Da sustos infinitos:
¡No valen más sin ellos
Pobreza y regocijo!
Pues ¿qué será? De Fili
Disfrutar los cariños,
Y como tú, quedarme
En su falda dormido.

ODA XXV.

¡Para qué, atrevidilla,
Me has robado esa rosa,
Y entre blandos arrullos
En el pico la tomas?
¡Embebece tus ojos
El carmin de sus hojas,
O tu nariz regala
Su delicado aroma!
¡Qué tienes tú, avecilla,
Con esa flor, la gloria
Del alegre verano,
Las delicias de Flora?
¡Esa flor, que amor quiere
Que sus gracias la pongan,
O en el seno nevado,
Donde él bulle y retoza;
O en un cabello de oro
Y en galana corona,
Que á par orne y releve
De sus rizos la pompa!
Cesa, pues, en tu juego,
Cesa, dulce paloma;
Y el dón dame que aguardo
Para mi Fili hermosa.
¡Pero oyendo su nombre,
Con amable zozobra
Te conmueves y gimes,
Y más hueca te entonas!
¡Y en su busca tendiendo
Las alas voladoras,
Vas ufana á ofrecerle
La rosa que me robas!
Ponla, ponla en su seno;
Y subiendo á la boca,
Con tu lindo piquito
De sus néctares goza.
Luégo artera y festiva
Sobre sus albas pomas,
Tus alitas batiendo,
Sus delicias provoca.
Si anhelante la vieres,
Cariñosa me nombra;
Quizá que en su embeleso
Mi nombre mejor oiga.

Y mejor, disfrazados
De tu arrullo á la sombra,
Mis finezas le suenen,
Mis suspiros acoja.
¡Cuál, palomita, envidio
La fortuna que logras,
Y seguirte en tus vuelos
Mi pasión ansia loca!
¡Ay! el alma me llevas
Con mi flor venturosa;
Si en un beso te pagan,
Presta á dármele torna.

ODA XXVI.

Si yo trocar pudiera
Con mágicos hechizos
Mi ser, ó trasformarme
Segun el gusto mío,
Yo me mudára ¡oh Filis!
En tu paloma, y nido
Hiciera donde mora
Cautivo el albedrío.
El candor inocente
De mi pecho sencillo
En el tuyo ablandára
Los desdenes altivos.
Entonces ¡oh ventura
Inefable! ¡oh destino
De tu paloma! ¡oh suerte
Que mil veces envidio!
Yo me viera en tu falda,
Y al punto de un vuelito
A posar en tu seno
Me subiera atrevido.
En él ¡ay! me durmiera,
Las alas, por cubrirlo,
Tendiendo, cual si fuesen
Mis tiernos pichoncillos.
De allí las dos mejillas
Que Amor de rosas hizo,
Con el pico mil veces
Las hiriera atrevido.
Luégo en el hombro puesto,
Con ardientes suspiros
El perdón ó la muerte
Te pidiera rendido;
Y al punto á los ojuelos
Volando, con mil giros
Alegres divertiera
Mi ciego desvarío.
De tu purpúrea boca
Tomára con el pico
La ambrosía más pura,
De tus manos el trigo.
Tal vez tú me halagaras,
O al seno en mis deliquios
Me aplicaras y oyeras
Mi arrullo y mis quejidos.
¡Oh dicha imponderable!
¡Oh paloma! ¡oh cariño
Mal gastado! ¡quién fuera
Lo que necio imagino!

ODA XXVII (1).

Graciosa palomita,
Pues que licencia tienes
De picar á mi Filis
Festiva y blandamente,
¡Ay! pícale en buen hora
Las perlas de sus dientes,
De su boca la rosa,
De su cuello la nieve,
Y en el seno la picas;
Mas al picar advierte
Que allí donde se queja,
Que más la piques quiere.

(1) Inédita.

ODA XXVIII (1).

¡Ay simple palomita!
¡Qué alegre estás y ufana
De que mi bella Filis
Te tenga sobre el haldas
Desde ella te parece
Que la altanera garza,
Señora de los vientos,
En dicha no te iguala.
Mas tanto no te ufanes;
De fortuna varia,
Por candida y sencilla,
No estás, no, reservada.
Vendrá tiempo que Filis
Se enfada de tus gracias,
Y llores haber sido
Objeto á dicha tanta.

ODA XXIX (2).

«Vén, vén, simple avecilla,
Vén al punto á mi falda;
No con alegre vuelo
Fatigues más tus alas.
Ni en torno, cariñosa,
Tan vagos giros hagas,
Sino en plácido sueño
Leda en ella descansa;
Que más que no tus fiestas,
Arrullos y algazara,
Me cuesta de cuidados
Si acaso el sol te daña.»
Así mi Filis dijo,
Y su paloma baja,
Y arrulla y se adormece,
Cual ella se lo manda.

ODA XXX (3).

Con esa misma lumbre
Que tus ojuelos miran,
A mí me das la muerte,
Y á tu paloma vida.
Tú á tu paloma coñas,
Con ellos, de alegría,
Y amor á mí por ellos
Mil saetas me tira.
Para ella de tus ojos
Es la lumbre divina;
Para mí tus desdenes
Y del amor las iras.
Así exclamo mil veces:
«¿Quién fuera palomita!»
Trocéara ante tus ojos,
Mis penas en delicias.

ODA XXXI.

Tranquilo con mi suerte,
No envidio las riquezas,
Ni envidio los placeres,
Ni el mando, ni las ciencias.
Sólo á ti, palomita,
Te envidio, y en la tierra
Tu suerte solamente
Me desvelos mil me cuesta.
—Pues, ¿qué suerte es la mía?
—Que mi Filis te alienta
Al fuego de su pecho,
Y mil veces te besa.

- (1) Inédita.
(2) Ídem.
(3) Ídem.

GALATEA

LA ILUSION DEL CANTO.

ODA PRIMERA.

EL CANTO.

¡Cuánto tu voz divina
Me encanta! ¡en qué deliquio
Mi espíritu fallece,
Tan dulce con sus trinos!
Por ellos arrastrado,
Sin poder resistirlo,
Al piano, do despliegas
Tu amable poderio;
Miéntras los albos dedos,
Vagando en presto giro,
Se pierden á la vista,
Solicita en seguirlos;
Cuando tú, Galatea,
Repites los gemidos
De Dido abandonada,
Yo gimo á par contigo.
Cuando le das grandiosa
A la voz mayor brillo,
De Jove en los banquetes
Minerva te imagino.
Infeliz Ariadna,
Con penetrantes gritos
Persigues á Tesco,
Y al pérfido maldigo.
Si á Angélica retratas,
O el celoso delirio
De Orlando, me estremece
Tu enojo vengativo.
Si en pos el embeleso
De dos amantes finos,
O de una ausencia triste
Los flébiles martirios,
Sensible representas,
De la ficción me olvido,
Y en su lugar me pongo,
Y exhalo mil suspiros.
En la falaz Armida,
Al imperio divino
De tu mágico canto,
Cual Reinaldos te sigo.
Sollozas, y yo anhelo;
Lloras, y en largos hilos
Las lágrimas me corren;
Te alegras, y yo río.
Misera desfalleces,
Y en tu silencio mismo
Desfallezco, tus ayes
Resonando en mi oído.
Si donosa te burlas
Con juguetes festivos,
Celebrándote todos,
Yo enmudezco á su hechizo.
Amenazas airada,
Y cobarde me aflijo;
Aplácaste, y aliento;
Si te indignas, me irrito.
Siendo tal mi entusiasmo,
Y el celestial prestigio
Que al verte y escucharte
Me embarga los senti los,
Que embriagado en su gloria
Mi corazón sencillo
(Perdona, Galatea),
Exclamo sin arbitrio:
«¡Por qué, ay, volver no puedo
Con mi boca, perdido,
El placer á su boca,
Que yo de ella recibí!»

ODA II.
LA SÚPLICA.

Amable Galatea,
¡Qué gracia inexplicable
Se siente en tus acentos,
Me eleva al escucharte!
¡De dó, hechicera, viene
Que en trinos tan suaves
Siempre medrosa dudes,
Desfallecida clames?
¡Que busques en tus letras
Las que mejor las artes
Y las inmensas dichas
Sepan de Amor pintarme!
Ya ni repite el piano
La música brillante,
Que armónica igualara
Los coros celestiales;
Ni tú, del estro llena
Que veces mil probaste,
Sublime te arrebatas,
De Jove igual al ave,
Que en el inmenso espacio,
Tendiendo sus reales
Y voladoras alas,
Se pierde de los aires.
Hoy todo amor tu canto,
Blanda, halagüeña, fácil,
Los quiebros son suspiros,
Las fugas tristes ayes.
Te elevas con su nombre;
Parece, al pronunciarle,
Que en tu aquejado pecho
Todas sus llamas arden;
Que en tu embeleso grato,
De lo hondo del te sale,
Buscando dónde logre
Feliz depositarse.
Si mi corazón por templo
Sencillo y fiel buscase,
Yo sé bien, Galatea,
Dónde él pudiera ballar:
Do el más ferviente culto,
Más puro, más constante,
Por siempre alcanzaria,
Que en ser humano cabe.
¡Mas tú me miras triste,
Suspiras, y cobarde,
Ni música ni letra
Seguir, turbada, sabes!
¡Qué! Si en su red dichosa
Ya presa te debates,
¡Podrá de ser sensible
Tu honor avergonzarse?
¡Es por ventura un yerro
Sus ansias inefables
Feliz sentir en uno
Con un rendido amante;
Y en gozos y en deseos,
Y fe y ternura iguales,
En solo un ser dos almas
En su éxtasi tornarse!
¡Ventura inconcebible,
Y ante quien nada vale
Cuanto soñarse puede
De más glorioso y grandel!
No, dulce Galatea,
Por más que lo disfraces,
Ni es tu pecho de hielo,
Ni extraña tú á mis males.
Cede, ¡ay! veraz, y blanda
Mi ruego un si te alcance;
Un si, que el más dichoso
Me hará de los mortales.

ODA III.

LA DECLARACION.

¡Será, mi bien, posible
Que la delicia misma

Que yo en oírte siento,
Tú gozas con mi vista?
¡Que la emoción sabrosa
Que con tu voz divina
Causas en mí, te alcanza
Por dulce simpatía?
¡Que si á Ariadna finges,
O á la hechicera Armida,
Tus apenados ayes
A mí diriges fina;
Y en tus alegres cantos
Con tu favor me brindas,
Y en tus brillantes trinos
Mi timidez animas?
¡Acordes con tus labios,
Tus ojos me lo indican,
Si crédulo el deseo
No sueña tanta dicha.
No sueña, Galatea,
No sueña; que expresiva
Tu voz y gesto y tono,
Que soy feliz publican.
Con un suspiro ardiente
Tú propia me lo afirmas;
¡Suspiro venturoso,
Que mi alma vivifica!
¡Que soy feliz tu labio,
Mirándome rendida,
Repite, y tierna estrechas
Tu mano con la mía!
¡Y débil el aliento,
De grana las mejillas,
La frente ruborosa
Sobre mi pecho inclinas!
No puedo á gloria tanta
Bastar: por siempre unidas,
Mi bien, nuestras dos almas
Para adorarse vivan;
Y en los floridos lazos
Con que el Amor las liga,
En voluntad concordes
Anhelen, gocen, giman;
Sin que jamás ni sombras
Ni duelos nos dividan,
De finos amadores
Emulación y envidia.
Yo te idolatro ciego;
Págame tú sencilla;
Feliz nuestro embeleso
Se aumente cada día;
Y más y más amantes,
La copa de delicias
Sedientos apuremos,
Que Venus fiel nos brinda.

ODA IV.

MI EMBELESO.

Repite, Galatea,
Repite la cantata
En que el feliz delirio
De tu pasión declaras;
Y los trinos ardientes
Con que juras que me amas,
O los flébiles ayes
Que ocultándolo exhalas;
Aumentando tus ojos
Y halagüeñas miradas
El sublime embeleso
De tu dulce garganta.
Que sus vivas centellas
Me penetren el alma,
O en el cielo enclavadas,
Con tu hechicera gracia
A una virgen semeja,
Que á sus mansiones claras
Entre ahincados suspiros
Éxtatica se lanza.
Que tu rostro se anime
Con la inefable gracia
Del pudor y el deseo,

ODAS ANACREÓNTICAS.

Que alternados te inflaman;
Y cediendo al impulso
Que á gozar te arrebató,
Por pintarme más vivos
Tu cariño y tus ansias,
A mí un tanto te inclina,
Cual si ciega anhelaras
Redoblar las delicias
En que ya me embriagas.
Nada, en fin, Galatea,
Nada olvides, que valga
Para hacer de tu canto
Más completa la magia.
En mí, que embebecido
Te contemplo, no hay nada
Que el imperio no sienta
De tu voz soberana.
En ti sola el oído,
Las pasiones en calma,
Libertad y alma y vida
De tu lengua colgadas;
Mi sangre se enardece,
Trémulas mis palabras,
En una espesa nube
Los ojos se me apagan;
Y frenético el pecho,
Miéntras más lo regalas
Con tus trinos suaves,
Más y más te idolatra.

ODA V.

MIS DESEOS.

¡Cuán dulce es, Galatea,
Nuestra ignorada suerte;
Y Amor, qué de embelesos
En ella nos ofrece!
¡Cómo embriagada el alma
De un éxtasi celeste,
Sólo feliz respira
Delicias y placeres!
¡Con qué emoción tan tierna
Mi labio una y mil veces
Te jura que te adora,
Fe eterna te promete!
Tú fina me respondes
Con votos más ardientes,
Y ciega, entre mis brazos
De amores desfalleces.
¡Cuánto, adorada, cuánto
Tus trinos me conmueven,
Me inflaman tus suspiros,
Tus ojos me enloquecen!
Tus ojos, que en mi pecho
Tan alto imperio tienen,
Que en sola una mirada
Se alegran ó entristecen.
Deja, pues, Galatea,
Que con aplauso suenen
Allá los que del mundo
Las glorias apetecen.
Nosotros, en olvido
Del tiempo y de las gentes,
Tranquilos los favores
Gocemos de Cíteres.
Y lejos ya las nubes
Que á nuestra dicha ofenden,
El iris de tus gracias
Lumbroso se despliegue.
En el ceñudo invierno
Los vientos inclementes,
Bramando desalados,
Los montes estremecen;
La blanda primavera
La ansiada paz nos vuelve,
Y en calma bonancible
Su estrépito adormece.
Los días más tranquilos
Son siempre más alegres,
Venero inagotable
De gozos inocentes,

Faustos los nuestros rian,
Cual ora amando siempre;
El canto y dulces hablas
Sus prestas horas llenen;
Y loco y turbulento
Que el vulgo se despeñe,
O la ambición hinchada
De sueños se alimente.

ODA VI.

EL CANTO SUPLIDO POR MIS VERSOS.

¡Oh, si feliz mi labio
Dulce seguir pudiera
Los suavísimos quiebros
De tu garganta bella!
¡Si el dios de la armonía,
Como me da las letras,
Sus tonos me inspirase,
Benévolo con ellas!
¡Cuán suelto, cuán ufano,
Divina Galatea,
Mi acento acompañara
Tu armónica cadencia;
Y unidas nuestras voces,
Cual nuestras almas tiernas,
Las auras sonarian
Nuestra ventura inmensa!
Si tú de amor gimiesses,
Con su abrasada flecha
Llagada, mis suspiros
Tus ayes repetirían.
Seguirte, aunque de lejos,
Oyérasme, halagüeña
Cantando tú las glorias
De la alma Cíterea.
O si en alegres trinos
Parlara tu vihuela,
Pintase las delicias
Que nuestro ser anegan,
Mi vivo y alto acento
Subiera á las estrellas,
Porque ellas lo envidiasen,
El gozo que en mi reina;
Diciéndoles que nada
Al éxtasi asemeja
De nuestra unión dichosa,
Que haga el Amor eterna.
Y acordes nuestros labios
Con las sonoras cuerdas,
Tú el eco de mis ansias,
Yo el de las tuyas fuera.
Ya que este anhelo es vano,
Deja, adorada, deja
Que el grato objeto llenen
Mis versos de la lengua;
Y si en dolientes modos
Fina la tuya expresa
Que á mí el amor te liga
Con su feliz cadena,
Mi musa le responda,
Loca, embriagada, llena
De cuanto más ardiente
En su pasión se encuentra,
Que en este fausto nudo
Mi dicha está suprema,
Mil veces más subida
Que cuanto tu alma sienta.

ODA VII.

EL GABINETE.

¡Qué ardor hierve en mis venas!
¡Qué embriaguez! ¡qué delicia!
¡Y en qué fragante aroma
Se inunda el alma mía!
Este es de amor un templo:
Doquier torno la vista,
Mil gratas muestras hallo
Del nimen que lo habita,